

La Comédiathèque

A CORAZÓN ABIERTO

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

A corazón abierto

Jean-Pierre Martinez

En un bistró ubicado frente a un hospital y dirigido por un peculiar dueño, se cruzan los destinos de hombres y mujeres en busca de un corazón disponible. Ya sea para un trasplante o algo más si hay afinidad...

1. Corazón disponible.....	3
2. Corazón sensible.....	6
3. Un peso en el corazón.....	12
4. Corazón de buey.....	17
5. Don del corazón.....	21
6. Dolor de corazón.....	25
7. Latidos del corazón.....	28
8. Un corazón para dos.....	30
9. El corazón en la mano.....	33
10. De buen corazón.....	35
11. Un corazón nuevo.....	37
12. Corazones en coro.....	39

Hasta 12 hombres y 12 mujeres. La distribución es flexible en cuanto al número (varios roles pueden ser interpretados por un solo actor) y en cuanto al sexo (varios roles pueden ser tanto masculinos como femeninos).

1. Corazón disponible

Un bistró. El dueño está detrás de la barra, secando vasos. Una mujer llega. No parece muy alegre. Sin mirarlo, se sienta en la barra. El dueño la observa por un momento de reojo.

Dueño – Señora... ¿Qué le gustaría tomar?

Ella – ¿Tiene arsénico?

Dueño – ¿Para llevar o consumir aquí?

Ella – Todavía lo estoy considerando...

Dueño – Tome un café mientras tanto. Con un vasito de coñac, le subirá el ánimo. El coñac es para mí.

Ella – ¿Un coñac? ¿A esta hora?

Dueño – Sepa que el coñac es conocido desde la Antigüedad por sus propiedades antidepresivas. Receto todos los días a mis clientes y hasta ahora nadie se ha suicidado.

Ella – Es amable, pero me conformaré con el café. Trabajo en el hospital, justo enfrente.

Él prepara su café.

Dueño – Auxiliar de enfermería... No debe ser divertido todos los días...

Ella – Cirujana.

Dueño – Ah... Disculpe, Doctora...

Ella – Pagan un poco más, pero no necesariamente es más divertido.

Dueño – Lo entiendo...

Ella – Y eso que solo le hablo de mi trabajo. Afortunadamente, trabajo día y noche. No tener vida privada no solo tiene desventajas, ¿sabe? cuando una tiene una vida de mierda...

Le entrega un periódico.

Dueño – Eche un vistazo a su horóscopo, tal vez pronostique una mejora temporal.

Ella echa un vistazo al periódico.

Ella (leyendo) – "Entregará su corazón a un desconocido"...

Reposa el periódico en la barra.

Dueño – ¡Es una buena noticia, ¿no?!

Ella – Depende.

Dueño – No hay que darle el corazón a cualquiera, eso seguro.

Ella – Y sobre todo, es mejor darlo estando vivo.

Dueño – No estoy seguro de entender...

Ella – "Entregarás tu corazón a un desconocido"... Mira, no está en la sección de amor, está en la sección de salud...

Dueño – Debe de ser un error...

Ella – Tengo un paciente que espera un trasplante de corazón. Solo nos falta un donante sano. Pero preferiblemente muerto.

Dueño – Ah, sí...

Ella – No podemos hacer otra cosa que esperar... Alguien tendrá que morir para que otro viva.

Dueño – Es el destino...

Ella – Un accidente puede suceder tan rápido. Después de todo, tal vez sea yo. Ya que está en mi horóscopo.

Él coloca el café frente a ella.

Dueño – Definitivamente, no tiene una naturaleza optimista...

Ella – No he tenido hijos, sería mi última oportunidad de dar vida...

Dueño – ¿Está realmente segura de que no quiere ese coñac?

Ella – Nunca durante el servicio... Si aparece un donante y debo operar en una hora...

Dueño – Si usted es la donante, ya no habrá nadie para realizar esa operación.

Ella – En el caso de los trasplantes de corazón, son los donantes los que faltan, no los cirujanos. Esas operaciones son excepcionales. Conozco a quienes estarían dispuestos a matar por hacer su primer trasplante.

Dueño – Bueno, entonces seré yo quien tome ese coñac, y le ofrezco el café.

Ella – Usted es un dueño de café muy peculiar. Así no va a ganar mucho dinero.

El dueño se sirve un coñac y se lo bebe de un trago.

Dueño – Hace mucho que renuncié a la idea de hacer fortuna. Y además, no ofrezco café a todo el mundo, ¿sabe?

Ella – ¿Por qué yo? No se puede decir que sea una persona agradable.

Dueño – Siempre he desconfiado de las personas demasiado amables. Tengo mis preferencias, eso es todo. Hay quienes me caen bien y otros no.

Ella – Entonces, supongo que tengo suerte...

Dueño – Fíjese, no nos conocemos... Tal vez yo sea su apuesto desconocido...

Ella – Quién sabe... Bueno, tengo que irme...

Dueño – ¿Otra vida que salvar?

Ella – No, pero estacioné en un lugar para discapacitados.

Dueño – Con su emblema en el parabrisas, puedes estacionar en cualquier lugar sin recibir una multa, ¿no? Solo por eso, me habría gustado estudiar medicina.

Ella – Gracias por el café...

Dueño – Ten cuidado al cruzar la calle.

Ella – Apenas nos conocemos y ya es como una madre para mí. Si aún estoy soltera dentro de diez años, recuérdeme que le case.

Dueño – Lamentablemente... ¿quién querría casarse con su madre? (*Ella sale.*) Ese es el drama de mi vida...

2. Corazón sensible

El dueño está detrás de su mostrador. Lee el periódico. Llega un hombre y una mujer. Se sientan en una mesa.

Ella – Te advierto que no tengo mucho tiempo... Vuelvo a trabajar en una hora. Y mi jefe solo espera una oportunidad para despedirme...

Él – Gracias por sacrificarme tu hora del almuerzo.

Ella – No, pero no te sacrifico nada... (*Mirando el menú*) Voy a pedir algo de comer. ¿Y tú?

Él – Sí, sí, claro, quiero decir... Gracias por aceptar almorzar conmigo.

Ella vuelve a colocar el menú. Un momento de silencio.

Ella – Entonces, tenías algo que decirme...

Él – Sí...

Incómodo silencio.

Ella – Te escucho...

El dueño les lanza una mirada intrigada.

Él – No sé muy bien cómo decirte esto...

Ella – Como no tenemos mucho tiempo, te ayudaré un poco... ¿Quieres salir conmigo, verdad?

Él (*sorprendido*) – Sí, bueno...

El dueño llega, interrumpiendo esta escena un tanto patética.

Dueño – ¿Qué les sirvo?

Ella – Una ensalada nizarda... sin anchoas ni atún.

Él – Para mí... un bocadillo de jamón... (*Bromeando*) Sin pan ni jamón... (*La mujer no se ríe y el dueño le lanza una mirada fría.*) No, estoy bromeando. Un bocadillo de jamón, por favor.

Dueño – Un ensalada nizarda y un bocadillo de jamón. Enseguida.

El dueño se va.

Ella – ¿Comes carne?

Él – Eh... sí. Bueno, no.

Ella – Pero comes jamón...

Él – Sí, pero... El jamón no es realmente carne, ¿no?

Ella – ¿Has visto las últimas investigaciones sobre la cría de cerdos en jaulas?

Él – No.

Ella – Creo que si lo hubieras visto, ya no comerías jamón...

Él – Perdona, yo... No lo sabía...

Ella – Eso es lo que decían los alemanes después de la guerra sobre los campos de concentración.

Él – ¿Qué decían?

Ella – No lo sabía...

Él – De acuerdo... entonces... eres vegetariana.

Ella – Vegana.

Él – Vale...

Ella – No conoces la diferencia, ¿verdad?

Él – No.

Ella – No como ningún producto de origen animal. Tampoco uso cuero. Y, obviamente, no uso pieles.

Él – Bueno... Pieles... Con el tiempo que hace...

Ella – ¿Perdón?

Él – No, quiero decir... Yo tampoco uso pieles. Es un comienzo, ¿no?

Ella – Escucha, seré sincera contigo, nunca podría salir con un chico que se come jamón. Pero podemos ser amigos, si quieres... No somos sectarios, después de todo.

Él – ¿Es tan grave? Quiero decir... Es solo una loncha de jamón.

Ella – ¿Sabes en qué condiciones fue criado ese cerdo? ¿Cómo vivió? ¿En qué condiciones fue sacrificado?

Él – No.

Ella – ¿Alguna vez has visitado una granja de cerdos?

Él – No.

Ella – ¿Alguna vez has visitado un matadero?

Él – No... y tú?

Ella – Yo tampoco, pero he visto muchos videos al respecto.

Él – De acuerdo... No, pero... No me importa tanto el jamón... Quiero decir... la carne en general.

Ella – Entonces, ¿podrías volverte vegano solo para salir conmigo?

Él – ¿Por qué no? ¡Claro! Absolutamente...

Ella – Y si fuera musulmana o judía, y te pidiera que dejaras de comer cerdo y te convirtieras a mi religión, ¿lo harías?

Él – ¿Eres musulmana?

Ella – Es solo una suposición. ¿Y qué?

Él – No lo sé... Tal vez... Soy católico, pero... Es como con la carne, no me importa tanto...

Ella – En realidad eres muy influenciable.

Él – O tal vez... me importa mucho salir contigo.

Ella – Sí... pero no sería por convicción.

Él – ¿Que saldría contigo?

Ella – ¡Que dejarías de comer carne! Sería solo para salir conmigo.

Él – Sí, bueno...

Ella – Y en cuanto te dejara, volverías a comer carne.

Él – Aún no estamos saliendo y ya estás considerando dejarme?

Un momento.

Ella – ¿Cuál ha sido tu peor experiencia culinaria?

Él – ¿Perdón?

Ella – La peor comida de tu vida, si prefieres.

Él (*bromeando*) - Espero que no sea esta... (*Ella sigue impassible.*) No, no lo sé...

Ella – Bueno, yo puedo decirte la mía.

Él – De acuerdo.

Eventualmente, una música melodramática acompaña el relato de este episodio traumático.

Ella – Debía tener unos diez años. Fuimos invitados con mis padres a casa de unos amigos suyos. Un médico y su esposa. En realidad, no eran realmente amigos. Eran solo nuestros nuevos vecinos. Mi madre los invitó una primera vez para darles la bienvenida al vecindario, y ellos nos devolvieron la invitación. Mis padres son personas muy sencillas. Probablemente les halagaba ser invitados a cenar con un cirujano. Probablemente esperaban que estos grandes burgueses pusieran todo el lujo en la mesa. Así que tomamos el aperitivo, charlamos un poco y nos sentamos a la mesa. Es cierto que la vajilla era de porcelana y el mantel era de un blanco immaculado. Había tantos cubiertos en la mesa que no sabíamos cuál tomar primero. Llega el plato principal, después de una ensalada verde, ¿y qué pone el cirujano en la mesa?

La música se detiene abruptamente.

Él – Me estás asustando...

Ella – ¡Un corazón!

Blanco.

Él – ¿Un corazón humano?

Ella – No... Humano, no... Bueno, al menos no creo. Supongo que sería un corazón de vaca.

Él – Un corazón de vaca... Ni siquiera sabía que se podía comer... Lo blando, tal vez... Para los gatos... Creo que es pulmón... ¡Pero un corazón!

Ella – Y esos dos sádicos todavía tuvieron el descaro de preguntarnos si nos gustaba.

Él – ¿Y entonces?

Ella – Mis padres son personas extremadamente educadas... Así que invitados a casa de un médico, ya te puedes imaginar... Entonces mi madre responde cortésmente: "Por supuesto. Nunca lo hemos comido, pero bueno. Tiene que haber una primera vez, ¿verdad?"

Él – ¡Joder...

Ella – Y mi padre añade: "Ah sí, corazón de vaca, eso es original, cambia un poco. Es cierto, nunca se nos ocurre, deberíamos hacerlo más a menudo, ¿no crees, cariño?" Yo siento náuseas, obviamente. Digo que no me gusta. Mi madre insiste: "¡Hasta que no lo pruebas, no puedes decir que no te gusta!" Y el médico nos da una lección: "¿Sabían que en las tribus primitivas, los guerreros se comían el corazón de sus enemigos para apropiarse de su fuerza?" Y la esposa del médico añade: "En cualquier caso, el corazón de vaca es muy bueno para la salud. Está lleno de proteínas. Y no decimos 'fuerte como un buey'... Y ahí estaba yo con un enorme trozo de corazón en mi plato.

Él – ¿No había nada más para comer?

Ella – Ensalada verde.

Él – Corazón con ensalada...

Ella – No es fácil de cortar, te lo digo. Como una suela de goma, ¿sabes? ¿Alguna vez has comido algo así?

Él – ¿Una suela de goma...?

Ella – Y todos mascando su corazón de vaca antes de forzarse a tragarlo. Todo mientras se habla del tiempo, como si todo esto fuera perfectamente normal.

Él – ¿Y sabe bien? Bueno, quiero decir... ¿Cómo sabe?

Ella – Nada. Tiene la consistencia de un chicle. Desde entonces, nunca más mastiqué chicle. Y sobre todo, de la noche a la mañana, me hice vegana. Incluso antes de que existiera la palabra. Incluso me pregunto si no fui yo quien inventó el concepto...

Él – Ah sí... Definitivamente es suficiente para traumatizar a alguien para siempre...

Ella – Espera... ¿y si tú tenías razón...?

Él – ¿Perdón?

Ella – Ahora me pregunto si realmente era un corazón de vaca.

Él – ¿No?

Ella – Bueno, era un cirujano, ¿sabes? Cuando trasplantan un nuevo corazón a un paciente, no sabemos realmente qué hacen con el antiguo. Supongo que no hay muchos enfermos que pidan recuperarlo para guardarlo como recuerdo en un frasco.

Él – ¿Crees que hay cirujanos caníbales?

El camarero vuelve con el sándwich y la ensalada.

Camarero – Un bocadillo de jamón y una ensalada nizarda... sin anchoas ni atún. Le he puesto caballa en su lugar. *(La chica le lanza una mirada asesina y él continúa con cara seria.)* Es broma. ¡Buen provecho!

El hombre mira su sándwich antes de apartarlo.

Él – No, tienes razón. No sería honesto de mi parte.

Ella – ¿Qué?

Él – Dejar de comer carne solo para salir contigo. Tengo que creer en ello.

Ella – Claro...

Él – El problema es que dejar la carne es como dejar de fumar. Cuando estás enganchado...

Ella – ¿Entonces renuncias a...

Él – Sé lo que tengo que hacer.

Ella – Ahora eres tú quien me da miedo.

Él – Voy a ir a la carnicería justo enfrente. Voy a comprar un corazón de vaca y me lo voy a comer entero. Después, creo que estaré definitivamente asqueado de la carne. Como tú.

Ella – ¿Harías eso por mí? ¿Te comerías un corazón de vaca?

Él – ¿Qué crees?

Se levanta. Sorprendida, ella se levanta también.

Ella – Pero... ¿vas ahora mismo?

Él – Si pienso demasiado, es posible que no lo logre.

Ella – Y... ¿tienes una receta?

Él – Lo voy a comer crudo. Soy un guerrero, ¿no?

Ella – Bueno...

Él – Vamos, deséame suerte.

Él la abraza y, jugando con el efecto sorpresa, la besa larga y apasionadamente en los labios. Se va. Ella lo mira partir, desconcertada. El camarero, que ha visto todo, vuelve.

Camarero – ¿No le gustó el bocadillo de jamón?

Ella – Decidió volverse vegano.

Camarero – En cualquier caso, parece estar realmente motivado...

Ella – Sí...

3. Un peso en el corazón

El dueño del establecimiento limpia su mostrador con un trapo. Una pareja llega y se sienta en una mesa.

Él – ¿Estás segura de que es una buena idea?

Ella – ¿Qué?

Él – Tomar una última copa juntos.

Ella – Hemos estado casados durante diez años. No vamos a separarnos así, en la oficina de un juez. Sería demasiado triste.

Él – Sí...

El dueño se acerca.

Dueño – ¿Y para los señores?

Ella – ¿Qué vas a tomar?

Él – No sé... (*Irónico*) ¿Champán?

Ella – ¿Por qué no...?

Él – Entonces, dos copas, por favor.

Dueño – Lo siento, pero no tengo. Ya saben, aquí estamos frente a un hospital y el crematorio está justo al lado. La clientela no tiene muchas oportunidades para celebrar algo.

Él – Bueno... Entonces un café.

Ella – Yo también.

Dueño – Y dos cafés.

El dueño se aleja.

Ella – Entonces, ¿es esto? ¿Esta vez es realmente el final?

Él – Es lo que queríamos, ¿no?

Ella – Claro. Eso no impide...

Él – ¿No te arrepientes?

Ella – Un divorcio siempre es un fracaso. Lamento que no haya funcionado.

Él – Yo también...

Un momento.

Ella – Al mismo tiempo, fuiste tú quien me engañó.

Él – Sí...

Ella – Perdóname, no quería volver a eso... Estamos divorciados, no me debes ninguna explicación.

Él – No... (*Un momento*) Y tú, ¿nunca me engañaste? Ahora puedes decírmelo.

Ella – No.

Él – ¿Solo un desliz sin consecuencias?

Ella – No.

Él – ¿Un pequeño beso furtivo, una noche, después de tomar unas copas de más?

Ella – No.

Él – No, por supuesto... Eres tan perfecta...

Ella – Entiendo que eso no es un cumplido viniendo de ti...

El dueño trae los dos cafés.

Dueño – Aquí tienen...

Ella – Gracias.

El dueño se marcha.

Él – ¿Puedo preguntarte algo? Ahora que todo ha terminado de todos modos...

Ella – ¿Otra vez?

Él – Hasta ahora, no has confesado nada...

Ella – Si esto es un interrogatorio, entonces... Adelante, te escucho...

Él – ¿Alguna vez, al menos una vez, durante todos estos años que pasamos juntos, me mentiste?

Ella – ¿Mentir?

Él – Incluso por omisión. Algo importante que me hayas ocultado. Algo de lo que no estarías orgullosa, obviamente. De lo contrario, no tendría sentido...

Ella – ¿Por qué me preguntas esto ahora?

Él – No lo sé... Saber que al final no eras tan perfecta... Eso me ayudaría a superarlo.

Ella – Aún así no estoy muerta.

Él – Me refiero a superar nuestra relación. Nuestro amor, si me permites decirlo.

Ella – Puedes.

Él – Entonces... ¿hay algo?

Ella – Si eso puede ayudarte...

Él – Te escucho.

Ella – No es tan fácil...

Él – No me digas que tienes muchas opciones.

Ella – No, justamente. Estoy pensando...

Él – Tengo todo el tiempo del mundo.

Ella – ¿Recuerdas nuestro primer coche?

Él – Sí.

Ella – Una mañana, lo encontramos en la calle con un guardabarros completamente abollado.

Él – Sí.

Ella – Por supuesto, nadie dejó una nota para el parte.

Él – No.

Ella – Fui yo. Choqué con el pilar de la puerta al salir marcha atrás. El coche era nuevo, no me atreví a decírtelo. Tenía tanta vergüenza. Aparqué el coche en la calle y no dije nada.

Él – Lo sé.

Ella – ¿Sabes?

Él – Había una marca de pintura en el pilar de la puerta. Todavía debe estar allí.

Ella – ¿Y no dijiste nada?

Él – Parecía que te importaba tanto esa mentira... ¿Qué hubiera cambiado?

Ella – Probablemente nada. Pero ¿por qué no dijiste nada?

Él – Destrozas nuestro coche nuevo. Mientes de una manera completamente patética. No soy un policía. ¿Qué podía haber dicho?

Ella – No lo sé. Podrías haber... ganado un punto.

Él – Así no veía nuestra relación. Era una mentira tan infantil. Casi conmovedora. Pensé que debía ser importante para ti. Preferí dejarte tu dignidad...

Ella – Gracias... es amable de tu parte.

Él – Sí... (*Un momento*) Y tú, tú te burlas de mí.

Ella – Para nada. Es verdad, te lo aseguro.

Él – Cuando me preguntaste si alguna vez te había engañado, fui honesto contigo. Podría haberlo negado. Tal vez todavía estaríamos casados. Ahora te toca jugar el juego. Seguramente hay algo más... Algo más serio...

Silencio.

Ella – De acuerdo... ¿Recuerdas cuando te fuiste tres días a Barcelona para una conferencia?

Él – Sí.

Ella – Te dije que iría al hospital para un examen de rutina.

Él – Ah sí... recuerdo.

Ella – Fue para un aborto.

Él – Un aborto...

Ella – Si lo prefieres, interrupción voluntaria del embarazo...

Él – Habíamos decidido tener un hijo... Habías dejado las pastillas anticonceptivas...

Ella – Sí...

Él – No lo entiendo.

Ella – Yo tampoco...

Él – ¿Y entonces?

Ella – No lo sé... Tuve miedo.

Él – ¿Miedo?

Ella – Miedo de no poder hacerlo. Miedo de que me dejaras... Entre nosotros, no estaba completamente equivocada.

Él – No inviertas los roles... Si hubiéramos tenido ese hijo, las cosas tal vez hubieran sido diferentes.

Ella – Tal vez...

Un momento.

Él – ¿Cómo pudiste hacer eso?

Ella – Gracias por no decir "hacerme eso"... No se puede explicar. No me sentí capaz. Capaz de asumir eso.

Él – ¿Eso?

Ella – Dar vida. Convertirme en madre.

Él – Podrías haberlo hablado conmigo. Compartir eso conmigo.

Ella – Nunca me atreví a decírtelo... Tenía demasiada vergüenza...

Él – Como con el coche.

Ella – Lo siento de verdad. Tuve miedo...

Él – ¿Te daba tanto miedo? Incluso por el coche...

Ella – Tenía miedo de mí misma. (*Un momento*) ¿Realmente crees que las cosas podrían haber sido diferentes?

Él – Las cosas son como son. No tiene sentido imaginarlas de otra manera. Debe ser que entre nosotros dos no era posible.

Silencio.

Ella – Creo que deberíamos irnos.

Él – Sí...

Se levantan para irse.

Ella – ¿La sigues viendo?

Él – ¿Quién?

Ella – La persona con la que me engañaste.

Él – Ah, esa...

Ella – Nunca me dijiste quién era. ¿Me lo puedes decir ahora? ¿La conozco?

Él – ¿Para qué serviría...?

Un momento.

Ella – Nunca me engañaste.

Él – No...

Ella – Entonces, ¿por qué...?

Él – Era más fácil así.

Ella – ¿Quieres decir más fácil para mí?

Él – Más fácil para los dos... Creo que deberíamos irnos ahora...

Ella – Vamos.

Se van.

4. Corazón de buey

El dueño recoge vasos del mostrador y los sumerge en un fregadero que no se ve. Llega un hombre y una mujer. El hombre echa una mirada sospechosa y un poco asqueada hacia el bar. Se sientan en una mesa.

Él – Es realmente asqueroso. Me pregunto por qué sigo viniendo aquí.

Ella – Es el único bar en frente del hospital...

Él – Cuando ves las normas de higiene que nos imponen en nuestro trabajo... Si un paciente contrae una infección nosocomial en tu servicio, incluso un resfriado, te demanda. Luego viene aquí a tomar su vinito en una copa apenas enjuagada entre dos clientes, uno de los cuales podría tener hepatitis y el otro el virus del Ébola.

Ella – Sí...

Él – ¿Viste eso? Los platos sucios se remojan en el fregadero de mañana a noche. No te cuento el caldo de cultivo... Al final del día, has compartido tus microbios con la mitad de la ciudad. Infecciones nosocomiales, vaya tontería. ¿Y una enfermedad que contraes en un bar, cómo se llama?

Ella – ¿Cirrosis hepática?

Se acerca el dueño.

Dueño – ¿Y para los señores y señoras, qué será?

Él – No lo sé... Un jugo de tomate.

Ella – Un café.

El dueño se aleja.

Él – No sé por qué tomo jugo de tomate, lo detesto.

Ella – Ya no sabemos qué pedir, al final.

Él – Debería haber tomado un jugo de frutas.

Ella – Aún estás a tiempo...

Él – No lo sé... ¿Viste la cara del dueño? No parece amigable.

Ella – ¿Quieres que vaya yo?

Él – Demasiado tarde, acaba de abrir la botella. Eso es típico de mí. Tendré que beberme un jugo de tomate aunque lo deteste. Además, el tomate me provoca acidez estomacal. ¿No te pasa a ti?

Ella – No.

Él – Qué lástima, entonces no lo beberé...

Ella (*para cambiar de tema*) – ¿Qué planes tienes para el verano?

Él – No lo sé todavía... Probablemente pasaré una o dos semanas en casa de mis padres, como todos los años.

Ella – Pareces estar muy unido a tus padres.

Él – No especialmente. Son molestos, pero tienen una villa con piscina en Cadaqués.

Ella – Cuando eres molesto, si quieres seguir viendo a tus hijos después de que se vayan de casa, tienes que invertir en una piscina. Deberías considerarlo para los tuyos, cuando llegue el momento...

Él – Sí... A menos que no quiera verlos demasiado seguido.

Ella – Y aparte de eso, ¿cómo estás?

Él – Bien, aunque... mi esposa invitó de nuevo a los vecinos a cenar.

Ella – ¿Y qué?

Él – No es que no sean amables, pero... también son un poco molestos.

Ella – ¿Por qué los invitó?

Él – Acabamos de llegar al vecindario. Fueron amables al invitarnos a su casa para conocernos. Así que nos sentimos obligados a devolverles la invitación. Temo que se convierta en una costumbre, ¿entiendes?

Ella – Entiendo perfectamente.

Él – Ahora que metimos el dedo en la llaga...

Ella – Tal vez tenga una solución.

Él – Una solución.

Ella – Para asegurarte de que nunca vuelvan a comer en tu casa.

Él – ¿Cómo sería eso?

Ella – Me pasó lo mismo hace unos años, cuando compré la casa.

Él – ¿Y entonces?

Ella – Los vecinos nos invitaron. Profesores, ¿sabes? Izquierdistas, obviamente. Ecologistas, tendencia vegetariana, pero que de vez en cuando comen carne si es orgánica.

Él – Entiendo perfectamente. Amables, pero totalmente abrumadores. ¿Y cómo te libraste de ellos?

Ella – Cuando les devolvimos la invitación, les serví un plato un tanto especial.

Él – Especial.

Ella – Un corazón.

Él – ¿Un corazón? ¿Cómo un corazón?

Ella – Un corazón de buey. Directo. Solo con una ensalada.

Él – ¿Un corazón de buey? Ni siquiera sabía que se comía eso... ¿Dónde lo conseguiste?

Ella – En la carnicería de la esquina.

Él – No sabía que se vendía.

Ella – Ah no, pero no me lo vendieron. Me lo regalaron.

Él – ¿En serio? ¿Y se lo comieron?

Ella – Son personas educadas, ¿entiendes? Te dije, profesores, ¿sabes? Entonces, tolerancia, respeto a la diferencia, no se atrevieron a decir nada, ya lo imaginas. Del tipo "respeto las costumbres de cada uno, incluso si son diferentes a las mías, y hago un esfuerzo por compartir algo con ellos, aunque no sea exactamente lo que yo valoro". Se taparon la nariz y se lo comieron todo.

Él – ¿Y después?

Ella – Nunca más los volvimos a ver.

Él – ¿Nunca más?

Ella – Nos encontramos ocasionalmente, obviamente, somos vecinos. Pero nunca se atrevieron a invitarnos de nuevo, por miedo a que les devolviéramos la invitación y les sirviéramos algo aún peor que la última vez... Los traumatizamos por completo, te lo digo.

Él – Es increíble...

Ella – Ah, no, deberías haber visto sus caras cuando puse eso en la mesa... Debería haber tomado una foto. De hecho, creo que lo hice...

Él – Maldita sea... Pero entonces, tú también tuviste que comerlo.

Ella – Hay que saber lo que se quiere, amigo. Es solo un mal momento pasajero. Pero después, estás tranquilo el resto de tu vida.

Él – De acuerdo... Sí, no estoy seguro... Voy a hablarlo con mi esposa...

Ella – ¡Sobre todo no, desgraciado!

Él – ¿Por qué?

Ella – ¡Por supuesto que no estaría de acuerdo!

Él – Sí... Es probable.

Ella – No, hazle la sorpresa. Le dices "Esta noche, cariño, soy yo quien cocina".

Él – Ah sí, eso seguro que la sorprenderá...

Ella se levanta.

Ella – Bueno, tengo que dejarte.

Él – Vale.

Ella – Me contarás cómo fue tu cena, ¿verdad?

Él – Espera, ni siquiera me ha servido mi jugo de tomate todavía...

Ella – Verás, siempre funciona. Si no quieres volver a invitarlos a cenar sin pelearte con ellos, es la única solución, te lo aseguro... Hay una carnicería justo enfrente.

Él – ¡Gracias por el consejo! Tienes razón, lo haré...

Ella – Cuando se puede ayudar...

Ella sale.

5. Don del corazón

El dueño espera detrás del mostrador, ocioso. Llega un hombre y una mujer.

Ella – Hola Manuel.

El dueño responde con un gesto de cabeza. Se sientan en una mesa. El dueño se acerca para tomar el pedido.

Dueño – ¿Qué les sirvo?

Ella – Lo de siempre.

Dueño – ¿Y usted?

Él – Lo mismo.

Dueño – ¿Lo mismo que la señorita o lo mismo de siempre?

Él – Perdón.

Dueño – ¡Yo no sé lo que pides siempre!

Él – Sin embargo, vengo todas las mañanas, como ella.

Dueño – Así es. Hay caras que recuerdo y otras que prefiero olvidar...

Él – Digamos lo mismo que ella, entonces.

Dueño – Y dos cafés...

El dueño se aleja.

Él – Siempre tan amable...

Ella – Hay que saber cómo tratarlo.

Él – Qué idiota.

Ella – ¿Sabes cómo se llama, ese idiota?

Él – No.

Ella – Manuel.

Él – Parecen muy íntimos, tú y ese... Manuel.

Ella – Vengo todos los días a tomar un café antes de ir a trabajar...

Él – Yo también... Pero él finge que no me conoce.

Ella – ¿Estás celoso?

Él – Tal vez él sea el celoso... ¿Lo conoces tan bien?

Ella – Nunca hemos hablado realmente.

Él – ¿Cómo sabes que se llama Manuel?

Ella – No lo sé... Todo el mundo lo sabe... En cualquier caso, todo el mundo lo llama Manuel y nunca se ha quejado.

Un momento.

Él – ¿Estás bien?

Ella – Sí.

Él – ¿Qué te gustaría hacer?

Ella – No lo sé...

Él – Hace buen tiempo... No vamos a encerrarnos en una sala de cine. ¿Por qué no damos un paseo?

Ella – Como quieras.

Él – Oculta tu entusiasmo... ¿Hay algo que te preocupe?

Ella – No... No especialmente.

Él – No lo sé... Algo de lo que quieras hablar conmigo.

Un momento.

Ella – De acuerdo... Si me sucede algo algún día, quiero donar mis órganos.

Él se queda desconcertado por un momento.

Él – ¿A quién?

Ella – ¡No lo sé! Para alguien que los necesite.

Él – ¿Necesite...?

Ella – ¿Lo estás haciendo a propósito o qué? ¡Un trasplante!

Él – Ah, sí... Muy bien...

Ella – Tengo mi tarjeta de donante conmigo, pero por si acaso...

Él – De acuerdo.

Ella – Necesito decírselo a alguien. Porque cuando ya no se puede hablar...

Él – De acuerdo.

Ella – Y si estoy en estado de muerte cerebral, no quiero que me mantengan artificialmente con vida.

Él – No hay problema... Pero sabes, todavía no estamos casados. Ni siquiera estoy seguro de que yo tenga voz y voto. Seguramente sería decisión de tus padres.

Ella – Están muertos.

Él – Ah sí, es cierto... Para tus hermanos y hermanas, entonces.

Ella – Estoy enfadada con toda mi familia.

Él – Bueno... Entonces solo nos queda casarnos. Así puedo disponer de todos tus órganos yo mismo.

Ella – ¿Es una propuesta de matrimonio? Porque sería sin duda la más original de toda la historia de las propuestas de matrimonio.

Él – ¿Quieres casarte conmigo?

Ella – Sí... (*Un momento*) ¿Y tú?

Él – Pues sí, ya que acabo de pedir tu mano... Bueno, tu mano, tu corazón, tus pulmones, tu hígado y todo lo demás...

Ella – No, me refiero, ¿y tú, si te sucediera algo? Ahora que voy a poder disponer de todos tus órganos también.

Él – Ah sí... Aquí estamos nadando en pleno romanticismo...

Ella – Entonces...

Él – No lo sé... No lo he pensado realmente... Yo ni siquiera dono sangre... excepto a algunos mosquitos.

Ella – Bueno... ¿Y entonces?

Él – Si al morir pudiera legarte mi corazón para salvarte la vida, seguramente lo haría. Pero darle mi corazón a un desconocido... Es cierto, siempre puedes encontrarte con un idiota. Los idiotas también tienen problemas cardíacos. Menos que los demás, de acuerdo, pero los tienen...

El dueño se acerca.

Dueño – Y dos cafés... (*Dirigiéndose al hombre*) ¿Puedo cobrar ahora mismo?

El hombre saca algunas monedas y las coloca sobre la mesa. El dueño las recoge y se marcha sin decir una palabra.

Él – Imagina que muero y que ese imbécil necesita un trasplante. Francamente, me fastidiaría mucho darle mi corazón.

Ella – Es un riesgo que hay que correr.

Él – Bueno... Si eso te hace feliz, también tomaré mi tarjeta...

Ella – Sí, me hace feliz. Y ahora, tengo ganas de ir a dar un paseo por el bosque contigo.

Él – ¿Por el bosque?

Ella se levanta.

Ella – ¿Vamos?

Él – ¿Puedo tomar mi café primero?

Ella – Está bien, pero date prisa.

Él se dispone a tomar su café.

6. Dolor de corazón.

El dueño está detrás del mostrador. El hombre (o la mujer) llega distraído/a.

Dueño – ¿Qué le sirvo?

La otra persona – No sé... Lo que quiera...

Dueño – ¿Lo que yo quiera? ¿Está seguro/a?

La otra persona – En el punto en el que estoy... ¿Qué riesgo corro? Sorpréndame...

Dueño – Entonces le sirvo un Licor de las Carmelitas Descalzas. Tiene el rostro pálido, le hará bien.

Prepara la bebida.

La otra persona – ¿Un Licor de las Carmelitas Descalzas? Ni siquiera sabía que existiera?

Dueño – Le confieso que no lo vendo muy a menudo... y no tengo intención de volver a pedirlo.

La otra persona – Suponiendo que todavía hayan Carmelitas Descalzas para fabricarla. No habrá pasado la fecha de caducidad, ¿verdad?

Dueño – Me dijo "lo que quiera", ¡hay que decidirse! ¿Entonces lo toma o no?

La otra persona – Si puedo ayudarle a liquidar su inventario...

El dueño le sirve el licor.

Dueño – No parece estar muy bien...

La otra persona – No... Estoy buscando un corazón disponible.

Dueño – Todos estamos en eso, ¿sabe? A partir de cierta edad... hay más demandas que ofertas.

La otra persona – No sabe lo cierto que está.

Dueño – ¿Es viudo/a?

La otra persona – Pronto lo será mi esposa/o... si no encuentro rápidamente a alguien que me done su corazón.

Dueño – No estoy seguro de entenderle...

La otra persona – Acabo de salir del hospital. Estoy esperando un trasplante. Por ahora, no hay donante.

Dueño – ¿Un donante? Ah sí...

La otra persona – Por supuesto, no se dona el corazón como se dona sangre. El donante tiene que estar muerto y todas las condiciones deben cumplirse.

Dueño – Lo entiendo...

La otra persona – Que el donante sea joven, por lo tanto, más probablemente muerto en un accidente. Que el corazón esté en buen estado. Que la familia esté de acuerdo.

Se prepara para beber.

Dueño – ¿Está seguro/a de que quiere beber eso?

La otra persona – Hay que morir de algo...

Prueba el licor y hace una mueca.

Dueño – ¿Y bien?

La otra persona – Sí, es mejor tener un corazón fuerte... ¿Usted nunca lo ha probado?

Dueño – Estaba esperando ver el efecto que tenía en un conejillo de indias.

La otra persona – Si todavía estoy vivo mañana por la mañana, vendré a decírselo.

Dueño – Si lo hubiera sabido, le habría servido otra cosa. Debería haberme dicho, ahora me voy a preocupar.

La otra persona – Me pregunto si no sería más fácil así. Ya veo mi foto en la sección de noticias: desesperado/a por no encontrar un corazón compatible con el suyo, pone fin a su vida al ingerir un Licor de las Carmelitas Descalzas caducado desde... (*Mirando la etiqueta de la botella vacía*) ¡1984!

Dueño – Vaya, eso sí que es mucho tiempo... Aunque, hay que reconocer que estamos ante un gran añada... Venga, no hay que perder la esperanza. Un accidente puede suceder rápidamente.

La otra persona – ¿Un accidente?

Dueño – ¡Para su donante! La calle de enfrente es muy peligrosa. Con todos esos camiones. Hay un proyecto de rotonda, pero bueno... Casi todos los meses alguien es atropellado en el paso de peatones. Y como el hospital está justo al frente...

La otra persona – Gracias... Me ha levantado un poco el ánimo hablar con usted.

Dueño – Así es la vida... La rueda gira... La desgracia de unos...

La otra persona – Creo que al final no voy a terminar esto. ¿Cuánto le debo?

Dueño – Es por mi cuenta. ¿Quiere tomar algo más? Para quitar el sabor del licor...

La otra persona – Gracias, está bien.

Dueño – Bueno, hasta la próxima...

La otra persona – ¿Quién sabe?

Se levanta para irse.

Dueño – Tenga cuidado al cruzar la calle.

Sale. El dueño toma la taza y huele el aroma que sale de ella. Arruga la nariz con expresión de disgusto.

Dueño – Ah sí, definitivamente...

Se escucha el sonido de frenos seguido de un estruendo de chapas abolladas. Levanta la cabeza y mira hacia la cuarta pared, representando la ventana del café que da a la calle.

Dueño – Ah sí, definitivamente...

7. Latidos del corazón

El dueño está limpiando vasos detrás del mostrador. Una pareja llega y se sienta. Silencio. El dueño se acerca.

Dueño – ¿Qué les sirvo?

Ella (*en tono decidido*) – Nada por ahora. Estamos esperando al tercero...

Dueño – Bueno...

El hombre muestra sorpresa. El dueño se retira.

Él – No sabía que esperábamos a alguien...

Ella – Yo tampoco.

Él – ¿Cómo? ¿Quién es?

Ella – No lo sé... Aún no tiene nombre...

Él – ¿Me estás tomando el pelo?

Un momento de silencio.

Ella – ¿Qué dirías si te dijera que estoy embarazada?

Él tarda en asimilar la pregunta.

Él – ¿Estás embarazada?

Ella – No dije eso...

Él – Entonces es una suposición.

Ella – Si tú lo dices...

Él – ¿No estás segura?

Ella – ¿Quieres una prueba?

Él – ¿Qué prueba?

Ella – No sé... ¿Una prueba de embarazo?

Él – No deberías bromear con eso.

Ella – No estoy bromeando. Solo quería hablar de ello. ¿Y bien?

Él – Un hijo... siempre comienza conjugándose en condicional, ¿no?

Ella – Solo depende de nosotros convertir ese condicional en indicativo.

Él – Mientras no lo conjugues en imperativo...

Ella – No me has respondido...

Él – ¿Qué?

Ella – ¿Qué dirías si te dijera que estoy embarazada?

Él – No lo sé, te diría... ¡genial!

Ella – ¿Genial?

Él – Genial... Pero estamos de acuerdo, no estás embarazada...

El dueño vuelve.

Dueño – ¿Seguimos esperando al tercero?

Ella pone su mano en su vientre.

Ella – Ya está aquí... Podemos hacer nuestros pedidos...

El hombre la mira sorprendido.

Dueño – Genial.

8. Un corazón para dos

El dueño lee el periódico detrás del mostrador. Dos hombres llegan y se sientan en una mesa.

Uno – ¿Café? (*El otro asiente.*) ¡Manolo! Dos cafés.

Dos – ¿Se llama Manolo?

Uno – No lo sé... A todos los dueños de bistrós les llamo Manolo. Así me aseguro de no equivocarme.

Dos – De acuerdo...

Uno – Es uno de mis pacientes. Le extirpé el apéndice hace diez años, las hemorroides hace cinco, la tiroides hace tres y un pulmón el año pasado.

Dos – Vaya... Te debe ser agradecido. Gracias a ti, ha perdido algunos tres kilos.

El dueño trae los cafés.

Dueño – Aquí tiene, doctor...

Dos – Al menos, te reconoció.

Uno – Ni siquiera estoy seguro. A todos sus clientes les llama "doctor". Como estamos enfrente del hospital... En el peor de los casos, si no son médicos, los halaga (*Revuelven su café en silencio antes de beberlo.*) Entonces, ¿tenemos un donante?

Dos – Parece que sí...

Uno – Una mujer que se arrojó debajo de las ruedas de un camión, justo delante del hospital.

Dos – ¿Se arrojó?

Uno – No se sabe muy bien... Tal vez fue un accidente... Su cabeza se llevó todo. Muerte cerebral. El resto está en perfecto estado. Estamos esperando la decisión de la familia.

Dos – Muy bien.

Uno – Sí, excepto que tenemos dos pacientes esperando un trasplante...

Dos – Ah, ¿tú también?

Uno – Lo sabes muy bien.

Dos – Pensé que para ti era un hígado...

Uno – Es un corazón.

Dos – Un corazón para dos... Con dos pacientes que tienen expedientes muy similares. No va a ser fácil decidir.

Uno – Entonces, ¿qué hacemos? ¿Tiramos cara o cruz?

Dos – ¡Acepto el desafío!

El otro saca una moneda.

Uno – Solo uno de nuestros dos pacientes estará vivo en un mes. Cara es el tuyo, cruz es el mío.

Lanza la moneda, la atrapa y mira en su palma antes de guardarla.

Dos – Pero sabemos que no funciona así...

Uno – No. (*Pausa*) ¿Cuánto tiempo llevamos conociéndonos?

Dos – Desde la universidad...

Uno – Creo que desde el segundo año.

Dos – Sí...

Uno – Estábamos enamorados de la misma chica.

Dos – Una estudiante de primer año.

Uno – Que se convirtió en tu esposa.

Dos – No sé qué pudo haber encontrado en mí... más que en ti.

Uno – Corrías el rumor en la universidad de que tenía un micropene. Incluso creo que circulaste un montaje de fotos...

Dos – Ah sí, es verdad. Olvidé eso.

Uno – Lo supe mucho tiempo después.

Dos – No pensé que se tragaría algo tan grande.

Uno – ¿Siempre hablamos de mi micropene?

Dos – ¿De verdad crees que eso es por lo que me eligió?

Uno – Debe haber influido... Estaba realmente enamorado de ella, ¿sabes?

Dos – Un corazón para dos... Uno de los dos siempre queda fuera.

Uno – Esa vez fui yo.

Dos – Ella me dejó unos años después. ¿Nunca la volviste a ver?

Uno – Sí... Una vez... Acababa de divorciarme también... Cenamos juntos... Y luego nada...

Dos – ¿Pero ella sabía sobre...?

Uno – No lo sé... No me atreví a preguntarle... ¿Te imaginas, entre el café y la cuenta, susurrarle al oído que a diferencia de lo que decía su ex, tengo un pene de tamaño normal?

Dos – Sí...

Uno – Creo que sobre todo era demasiado tarde... No sé si la venganza es un plato que se sirve frío, pero el amor no es un plato que se sirva recalentado.

Dos – ¿Entonces quieres vengarte?

Uno – No, pero me parece que me debes un corazón.

Dos – Tienes una interpretación muy personal del juramento de Hipócrates... ¿Qué te motiva tanto para salvar a tu paciente?

Uno – Digamos que he establecido una relación... muy especial con ella.

Dos – Pero sabes que tampoco funciona así.

Uno – ¿Ah no?

Dos – ¿Me estás pidiendo que condene a mi paciente de antemano?

Uno – Lo has dicho. Un corazón para dos... Uno de los dos siempre queda fuera.

Dos – No solo depende de mí, lo sabes bien. Es una decisión colegiada.

Uno – Pero podrías cargar un poco el expediente de tu paciente para que el mío parezca más convincente.

Dos – ¿Y si me niego?

Uno – Yo también podría correr un rumor. Pero no estoy seguro de que este sea falso.

Dos – ¿Por ejemplo?

Uno – Las enfermeras nunca duran mucho tiempo en tu servicio, ambos sabemos por qué. Y la chica que acaba de ser atropellada frente al hospital, voluntariamente o no, trabajaba para ti.

Dos – Voy a ver qué puedo hacer...

Está a punto de sacar un billete.

Uno – Déjalo, el café corre por mi cuenta.

9. El corazón en la mano.

El dueño cabecea adormilado detrás de su mostrador. Dos personajes (hombres o mujeres) llegan y se sientan en una mesa.

Uno – También parece estar en un coma profundo...

Dos – ¿Qué hacemos? ¿Lo despertamos?

Uno – Vamos a esperar a que se despierte por sí solo.

Dos – Un milagro siempre es posible.

Silencio.

Uno – Y respecto a ella, ¿qué hacemos?

Dos – Sinceramente... no sé qué pensar al respecto.

Uno – Tendremos que tomar una decisión. El médico dijo que debíamos actuar rápido.

Dos – Sí.

Uno – Por supuesto, la lógica diría que digamos que sí.

Dos – ¿La lógica? Es nuestra hermana, después de todo...

Uno – Sí... ¿La has oído alguna vez hablar de este tema delante de nosotros?

Dos – Hace años que no nos vemos... e incluso antes, no solíamos tener ese tipo de conversaciones.

Uno – Así que nos toca decidir. Como si fuera para nosotros.

Dos – ¿Quieres decir... como si necesitáramos un trasplante?

Uno – ¡Como si estuviéramos en su lugar! En lugar del fallecido... ¿Qué harías tú? Si pudieras decidir donar tus órganos o llevarlos contigo a la tumba...

Dos – Por supuesto, en principio... Si vamos a morir, si podemos salvar una vida...

Uno – Por otro lado...

Dos – Imaginar que le abriremos el pecho y le tomaremos el corazón para ponerlo en el pecho de alguien más...

Uno – Alguien a quien ni siquiera conocemos.

Dos – Menos mal... No nos faltaría más conocerlo. ¿Tú preferirías conocerlo?

Uno – Preferiría que ella no estuviera muerta.

Un momento de silencio.

Dos – Además, ¿podemos decir realmente que está muerta?

Uno – Según los médicos, está en estado de muerte cerebral.

Dos – ¿Qué significa exactamente? ¿Lo sabes tú?

Uno – Básicamente, la casa aún está en pie, la calefacción aún no se ha apagado, pero no hay nadie adentro. El propietario se fue, tiró la llave y nunca volverá.

Dos – Entiendo.

Uno – Entonces se trata de recuperar la caldera para instalarla en otra casa donde la caldera esté averiada, para que el propietario pueda seguir viviendo adentro sin pasar frío.

Dos – ¿Ya has terminado con tus metáforas de fontanero?

Uno – Te lo explico...

Dos – Entonces, ¿tú estás a favor?

Uno – Tú también, ¿no? Sabías que eventualmente llegaríamos a esto.

Dos – Sí...

El otro saca un papel.

Uno – Vamos, terminemos esto... (*Le ofrece el papel*) Hay que firmar aquí.

Dos – Firma tú... Yo no podré hacerlo...

Uno – No, pero se necesitan nuestras dos firmas.

Dos – Finge la mía entonces.

Uno – Pero será una falsificación...

Dos – ¿De qué tienes miedo? ¿Que te demande por imitar mi firma?

Uno – Pero si estás de acuerdo, ¿por qué no firmas?

Dos – Estoy de acuerdo, pero no podré firmar, eso es todo. ¿Puedes entender eso, no? (*Se levanta para salir*) ¡Por una vez que te pido algo!

Uno – Pero vamos... la odiabas.

Dos – Justamente... Si fuera un gesto de amor, aún... Sería más fácil para mí. Pero así... no me siento capaz de decidir por ella. (*El dueño emerge detrás de su mostrador.*) Mira, él se despertó... ¡Nunca se está a salvo de un milagro!

El personaje sale, dejando al otro perplejo. El dueño se acerca.

Dueño – ¿Qué les sirvo?

10. De buen corazón

El dueño espera detrás de su mostrador. Llega un hombre de apariencia mafiosa o traficante y se sienta en el bar.

Dueño – ¿Qué le sirvo?

El otro – Un descafeinado. Largo. Con una gota de leche, por favor.

El dueño echa un vistazo al cliente, cuya apariencia no coincide bien con su pedido.

Dueño – Veré qué puedo hacer...

Prepara su café.

El otro – Esta calle es peligrosa. Casi me atropella un autobús.

Dueño – Sí... Ayer una mujer fue atropellada...

El otro – ¿Está grave?

Dueño – Murió... Bueno, es casi lo mismo.

El otro – ¿La conocía usted?

Dueño – Era una clienta... Acababa de salir de aquí y, según los análisis, tenía tres gramos de alcohol en la sangre.

El otro – Tanto en su trabajo como en el mío, es mejor no apearse demasiado a los clientes.

Dueño – ¿Es nuevo en el barrio?

El otro – Estoy de paso.

Dueño – Todos estamos de paso en la Tierra...

El otro – Temo que el mío termine antes de lo previsto.

Dueño – Si tiene cuidado al cruzar la calle...

El otro – Acabo de salir del hospital. Estoy esperando un trasplante de corazón...

Dueño – Ah, usted también...

El otro – ¿Perdón?

Dueño – Nada, es una historia que escuché... Espero que haya encontrado al cirujano adecuado...

El Dueño coloca el café en el mostrador.

Dueño – Aquí tiene, su descafeinado.

El otro – ¿Cómo van los negocios?

Dueño – Está tranquilo. ¿Y usted?

El otro – Yo también... En este momento está bastante tranquilo...

Dueño – ¿En qué rubro está usted?

El otro – Tráfico de drogas. Heroína, más bien.

Dueño – Ah, entiendo... Entonces sabe lo que es perder un cliente.

El otro – Afortunadamente, las donaciones de órganos son anónimas, porque no sé quién estaría dispuesto a donar su corazón a un traficante.

Dueño – O a un estanquero.

El otro – Tiene razón. Al final, ambos hacemos un poco el mismo trabajo...

Dueño – Mmm...

El otro – Acaban de ingresar un donante en el hospital.

Dueño – Entonces es su día de suerte.

El otro – No lo sé... Hay otro interesado en el asunto.

Dueño – Ah...

El otro – ¿Usted me daría su corazón? Si estuviera muerto, quiero decir... Y sabiendo lo que hago.

Dueño – ¿Por qué no? Entre traficantes, si no nos ayudamos un poco.

El otro – Le prometí una maleta llena de billetes a mi cirujano si encontraba un corazón nuevo para mí. Billetes usados y en pequeños cortes. ¿Cree que eso puede ayudar?

Dueño – Depende del cirujano, supongo.

El otro – Este tiene la reputación de saltar sobre todo lo que se mueve.

Dueño – Ya veo... ¿Le sirvo otro descafeinado? Lo invito yo.

El otro – Vamos... Solo se vive una vez...

Dueño – Y si su corazón falla al salir, no será por lo que haya bebido aquí.

11. Un corazón nuevo

El dueño está detrás del mostrador, el cliente (o la cliente) llega.

Dueño – Señor, ¿qué le sirvo?

El otro – ¿No me reconoce?

Dueño – Se ve tanta gente... ¿Qué le pongo?

El otro – No un Licor de las Carmelitas Descalzas, eso seguro...

Dueño – ¿En serio...? No le había reconocido. Vaya... Parece que ese licor le ha hecho bien después de todo. Parece veinte años más joven.

El otro – Sí... el licor. Y también el corazón completamente nuevo que me trasplantaron hace unos meses.

Dueño – ¿Por fin encontró un donante?

El otro – Tenía razón, esta calle es realmente peligrosa...

Dueño – Vamos, invito yo. ¿Qué le sirvo?

El otro – Un refresco de limón...

Dueño – Ya no puede tomar alcohol...

El otro – Sí... pero he decidido renunciar. Es un sacrificio que me impongo... para agradecer al destino.

Dueño – ¿Al destino?

El otro – Alguien murió para que yo pudiera vivir. Debo cuidar su corazón.

Dueño – Pero ni siquiera sabe quién es...

El otro – No... y no estoy seguro de querer saberlo. Pero después de todo, podría haber sido un musulmán. Razón de más para dejar de beber alcohol.

Dueño – ¿Entonces ya no come jamón tampoco?

El otro – Me hice vegano, es aún más sencillo. Y usted, ¿cómo está?

Dueño – Mi esposa acaba de dejarme.

El otro – ¿Murió? No me diga que es su corazón el que late en mi pecho...

Dueño – Preferiría eso. Me costaría menos. Viudo, se es dos veces más rico. Divorciado, se es dos veces más pobre.

El otro – Eso son cuatro buenas razones para preferir la viudez...

Dueño – Tendré que vender el café para darle su parte.

El otro – Lo siento...

Dueño – En el fondo, es mejor así. Vender alcohol y tabaco... El tabaco ya me costó un pulmón.

El otro – Entonces, ¿qué va a hacer?

Dueño – No lo sé...

El otro – Debería dedicarse al teatro.

Dueño – ¿Al teatro?

El otro – ¿Nunca le han dicho que tiene cara de actor de teatro?

Dueño – No... Aunque, para quedarse detrás de un mostrador todo el día y responder a todo tipo de clientes, uno ya tiene que ser un poco actor...

El otro – Es cierto... Yo mismo voy al café a menudo para escribir.

Dueño – ¿Qué es lo que escribe?

El otro – Obras de teatro.

Dueño – He escuchado tantas historias. Habría mucho material. Comedias, dramas, tragedias...

El otro – Tendrá que contármelo.

Un momento de silencio.

Dueño – ¿Todavía hay algo que le preocupe?

El otro – Éramos dos esperando un trasplante. Solo había un donante disponible. Me enteré de que el otro murió unos días después de mi operación...

Dueño – Ah sí...

El otro – Parece que yo tenía un expediente mejor.

Dueño – Como dices... Es el destino.

El otro – Sí... Tal vez era un buen tipo.

Dueño – O tal vez un sinvergüenza... Quién sabe...

El otro se levanta para irse.

El otro – Gracias por la limonada... Toma, aquí tienes mi tarjeta. Estoy buscando a alguien como tú para un pequeño papel en mi próxima obra. Un dueño de bar. Serán tus primeros pasos en el escenario...

Se va. El dueño mira la tarjeta.

12. Corazones en coro

El dueño está detrás de la barra. Ella llega. Es la misma mujer que en la primera escena.

Dueño – ¿Ha vuelto para pedirme matrimonio?

Ella – Aún no han pasado diez años...

Dueño – Cinco.

Ella – ¿Y todavía se acuerda de mí?

Dueño – Se lo dije, tengo buena memoria... Su rostro es de los que no se olvidan fácilmente. ¿Todavía no bebe coñac?

Ella – Ya no lo necesitaré. O al menos eso espero...

Dueño – Me alegro.

Ella – ¿Recuerda? Me leyó mi horóscopo...

Dueño – "Darás tu corazón a un desconocido". (*Muestra el periódico*) Aún está en el periódico de hoy.

Ella – Siempre repiten las mismas frases.

Dueño – Esta vez está en la sección de amor.

Ella – No se equivocaron. Tengo una cita con él.

Dueño – ¿Aquí?

Ella – En cinco minutos.

Un momento.

Dueño – ¿Conoció a un desconocido en un sitio de citas?

Ella – Es mi exmarido. Nos divorciamos hace algunos años.

Dueño – Ah sí... Entonces no es del todo un desconocido...

Ella – Vivimos juntos durante diez años. Sentía que vivía con un extraño. Yo era la que no me conocía a mí misma. Yo era la que no estaba bien.

Dueño – ¿Por qué ahora?

Ella – Hace un año se sometió a un trasplante de corazón.

Dueño – Entonces pensaste que con un corazón completamente nuevo...

Ella – Cuando se enteró de que estaba enfermo, no me dijo nada. Ya no iba bien entre nosotros. No quería que me quedara con él por lástima, supongo.

Dueño – Y lo dejaste...

Ella – Me contó que había conocido a otra mujer...

Dueño – Pero no era cierto...

Ella – Tenía un 50% de posibilidades de no sobrevivir. No quería convertirme en una viuda desconsolada...

Dueño – Prefirió convertirla en una divorciada feliz... Y por lo tanto, sobrevivió...

Ella – Trabajo en el hospital... Me enteré por casualidad de que se había sometido a un trasplante. Fui yo quien lo llamó... Le pregunté si quería volver a vernos.

Dueño – Con la esperanza de que su corazón completamente nuevo volviera a latir por ti... Cuidado... ¡en tu jerga, podríamos llamarlo tratamiento agresivo!

Ella – ¿Crees que no se puede amar dos veces a la misma persona?

Dueño – En cualquier caso, se puede casar dos veces con el mismo hombre, y se puede divorciar dos veces de la misma mujer.

Ella – Ya no es exactamente el mismo hombre. Usted lo ha dicho, tiene un corazón completamente nuevo...

Dueño – Completamente nuevo, no del todo... Quienquiera que haya sido su dueño anteriormente, quizás ya estaba muy infeliz en el amor.

Ella – Al final, usted es incluso más pesimista que yo.

Dueño – Estoy celoso, eso es todo. Se lo dije, es de esas personas que no se olvidan...

Ella – Espero que él tampoco me haya olvidado... *(Al borde de las lágrimas)* Y que me haya perdonado...

Él pone su mano sobre la suya para reconfortarla.

Él – Confíe en usted.

Ella voltea su mirada hacia la ventana del café, hacia el lado público.

Ella – Ahí está... Mi corazón está latiendo...

Dueño – ¿Tan fuerte como cuando lo conoció?

Ella – Mucho más fuerte...

Dueño – Esperemos que el suyo no falle ahora, sería muy tonto...

Ella – Al final, tomaría ese coñac.

Él le sirve un vaso, que ella se bebe de un trago.

Dueño – Todo irá bien.

Ella – Gracias.

Ella aprieta su mano por última vez y se aleja hacia el público para encontrarse con su exmarido.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-
Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-935-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.